

donde no quisiera ir, sea para demostrarle á la chinaca brava que él también es capaz de cualquiera de las heroicas locuras que realizan los más atrabancados y malas cabezas, ello es que de cuando en cuando se sale de su papel de jefe y suele *artagnanizar*, como decía el general Mendoza.

Antes que se pase, te diré que el general me cogió cariño desde el primer día. Quiso que le refiriera todas mis aventuras y todas las aventuras de los compañeros en Europa, pues nos tiene por unos héroes á los pocos que supimos aguantarnos á pie firme.

— Pues mire, amigo, que se necesita valor para hacer lo que ustedes hicieron. ¡Resistir al hambre y á las ofertas y al destierro en país extraño! La verdad es que si ustedes hubieran sido mujeres, les habría sobrado á quién dar su mano, pues con esa honradez inquebrantable le darían garantías hasta al más celoso... Usted no se me aparte, que no quiero llegue á faltar quien interprete bien lo que los franceses me digan. Y luego, que de cuando en cuando le hemos de dar un limpióncito á mi francés, pues el poco que sé me lo enseñó un desertor, que ha de haber conocido bien poco.

Y se ha puesto á aprender con una constancia que me maravilla, pues casi no pasa día sin que en alguna parada, después de una gran marcha ó de una persecución, no pasa día, repito, sin que el general tome su Ollendorf y su Chantreau y se ponga á repasar su lección.

Amén de esto se entera por menudo de todo cuanto yo refiero de mis viajes, de los usos, costumbres, formas de gobierno, maneras de discurrir, fórmulas de cortesía y cuanto he podido notar en mi calidad de viajero á la fuerza.

— Déjenle, déjenle hablar, dijo el otro día que alguien tachaba de mentirosa mi descripción de los entierros en Francia; déjenle, que sabe más que nosotros: figúrense que yo todavía no conozco México á los años que tengo... Por eso Zackany, Olivos y estas gentes que han corrido tierras son para mí como libros abiertos... Cuando oigo al húngaro hablar de lo que pasa y de lo que ha pasado y hacer pronósticos y discurrir con tanta seguridad sobre la próxima guerra europea, y sobre el socialismo y sobre tantas cosas, me siento chiquito á pesar de mi generalato y de todos mis éxitos... Yo leo, leo todo el tiempo que me queda disponible; pero mucho se me escapa, porque debe de haber cosas que no alcanzo porque se requieran, para entenderlas, conocimientos previos, que no pude adquirir en la universidad de Motaje, la única que cursé.

Esa buena estrella mía hace que el general me lleve consigo en todas sus expediciones. El otro día, hallándonos en el cuartel general, cerca de Mazatlán, Corona me ordenó llamara á don Angel Martínez.

— Don Angel, ¿quiere acompañarme esta noche á una expedición?

— ¿Cómo no, señor? Ordéneme usted lo que tenga que hacer.

— Vamos á tomar café.

— ¿Y á dónde, mi general?

— A la Noria.

— ¿A la Noria, señor?

— Sí, hombre, á la Noria, con los franceses, con los traidores. Olivos viene con nosotros.

— Iremos cuando usted quiera, señor; ya usted sabe que yo...

Al obscurecer tenía *Botas*, el asistente del jefe, ensillados tres caballos, además del suyo en que estaba ya montado.

— Todavía es buena hora, dijo gozoso don Ramón.

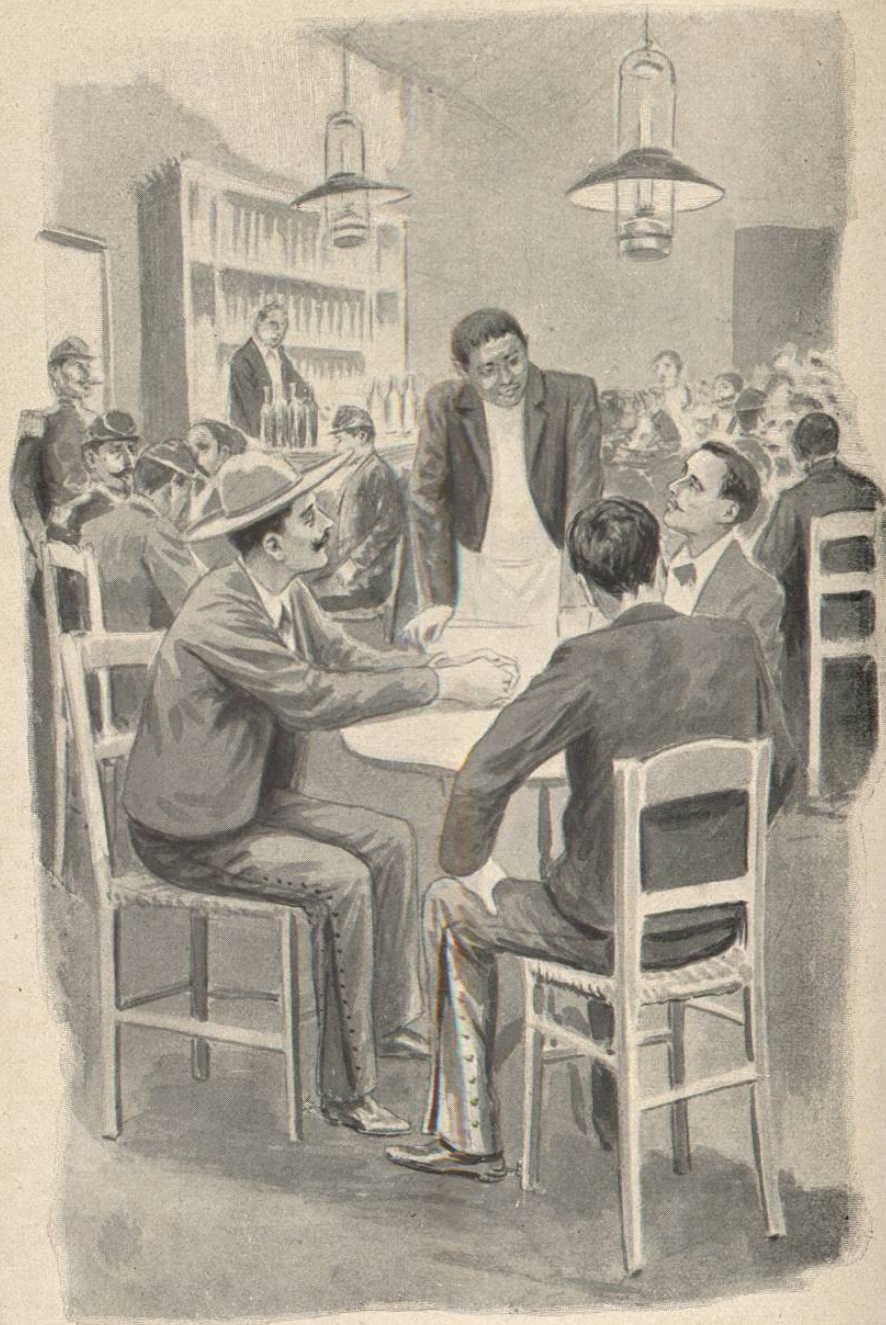
— Sí, señor, todavía es buena hora, contestamos nosotros por no dejar de responder algo.

Caminamos un corto espacio, y al transponer una loma vimos el pueblo de Concordia sumido en sombras; le cercaban á manera de cinto obscuro y apretado unos cuantos árboles que solían cuchichear no sé qué cosas con un torrentillo rezongón que les lamía los pies. No se veía una luz, no se oía un rumor, no se distinguía un bulto en las calles borrosas y confusas que se parecían á distancia.

Solamente, á manera de heraldo que se adelantara con una antorcha á explorar la obscuridad, relucía en medio



FONTE ENTERRIO
VALVERDE Y TELLEZ



— Yo, mi café, respondió el general...

de la noche una carpa que dejaba salir muchas luces y las notas asmáticas de un organillo.

Al llegar pusimos las riendas en manos de *Botas* y penetramos con toda altanería en el cafetín, que reverberaba con la luz de sus diez lámparas de petróleo, con el reflejo de sus tres espejillos pendientes de sendas latas clavadas en el suelo, y con el brillo de todos los hierros del mostrador, de todos los vidrios de los vasos y de todas las armas de los oficiales que allí se holgaban echando roncas y relatando proezas.

Porque aquello estaba lleno, apretado, rebosando de *ca-lottes* azules ó rojas, de pantalones colorados, de chaquetillas de alamares, de quepis con espiguillas, de caftanes de turcos, de capas de caballería, de cordones y de bordados.

Conseguimos á duras penas un sitio para sentarnos, y á poco llegó un *garçon* meloso y de buena cara que nos preguntó qué deseábamos tomar.

— Yo, mi café, respondió el general.

— Yo, algo que raspe, dijo Martínez con violencia.

Yo también me decidí por el café, que por cierto era delicioso y de la mejor clase. ¡Cuánto tiempo hacía que no le cataba!

El general y yo bebíamos nuestra poción con inmensa delicia, cuando notamos que Martínez dirigía la vista á todas partes y que en vez de beber su copa acariciaba el mango de su pistola.

— Ya nos conocieron, señor, susurró en voz baja.

— Pero ¿quién, don Angel? Nadie mira hacia acá ni se fija en nosotros.

La calma del jefe le devolvió la suya al nervioso Martínez, y luego que bebimos nuestros sendos brebajes y pagamos el gasto, el general ordenó que saliéramos. Nadie había parado la atención en nosotros, y de seguro nos habían tenido por pacíficos arrieros ó transeuntes.

A las dos noches volvimos al tenducho, pero ese día no nos acompañó Martínez, sino el teniente coronel Tolentino, de quien dicen que es japonés por parte del padre. Quizá lo japonés sea una conseja, pues los ojos oblicuos, los pómulos salientes y el color amarillo abundan aquí; pero no cabe duda que es hombre de valor templado, sereno y firme. Se rió, lo mismo que Corona, cuando referí las jactancias que un oficial estaba vociferando, permaneció un rato viendo lo que pasaba y se levantó lentamente, después de encender su cigarro en la lumbre que un zuavo le prestó de mala gana.

No sé si fué soplo que tuvieran los gabachos ó si nuestra imprudencia acabó por delatarnos, lo cierto es que á las dos semanas que nos presentamos en el *cabaret* las cosas marcharon de modo distinto. Ibamos el general, el coronel don Donato Guerra, yo y el incomparable *Botas*.

Con el garbo de siempre tocamos en la mesilla de mármol; con la puntualidad de siempre nos sirvió los bebis-

trajos nuestro viejo conocido el *garçon* y con la confianza de siempre empezamos á beber, cuando Guerra le dijo quedo al general:

— Señor, fíjese usted en cómo nos señalan.

— ¿Quién, amigo coronel, quién nos señala?

— Aquel oficial de la barba rubia.

— Y el cantinero también habla de nosotros.

Reflexionó un rato el general y debe de haberse convencido de que Guerra tenía razón, porque me dijo con cautela:

— Eche mano á su pistola, y adelante, suceda lo que suceda... Tú, Donato, sal el primero, que yo me quedo atrás para recibir el último golpe...

Nos levantamos, pero apenas estuvimos en pie cuando se dirigieron á nosotros casi todos los presentes.

— Párense, amigos, dijo un oficial mexicano gordo tomando al coronel por una muñeca.

— ¿Qué se ofrece? gritó Corona apartando de un sopapo al entrometido.

— ¡*Curona, Curona!* gritaron dos ó tres de los presentes oyendo hablar al general.

— ¡*Muera Curona!*

— ¡*Atrás, Curona!*

— ¡Ya cayó en nuestras manos! gritó frotándose las y enseñando unos dientes más blancos que maíz tierno un negrozco que dejaba ver las vedijas del pelo por encima del fez.

— ¡Quite allá, mamarracho! gritó enojado el general, empujando al pasmarote.

Como si aquello hubiera sido la señal, se precipitaron sobre nosotros cuantos estaban en el *estaminet*; hasta el cocinero llegó acomodándose el gorro blanco y esgrimien- do una espumadera.

Cuando llegamos á la puerta oímos sonar media doce- na de disparos, y vimos relucir quince ó veinte marrazos, de los cuales uno, lo recuerdo como si lo estuviera vién- dolo, golpeó una de las lámparas é hizo vacilar todo el tinglado.

— ¡Es *Curona*!

— ¡Es el de *Veganós*!

— ¡Muera *Curona*!

No sé qué más dirían, pues yo monté en el caballo que *Botas* tenía dispuesto, Guerra cogió el que le correspondía y el general trepó ágilmente en el otro, no sin que hicié- ramos dos disparos contra la tienda.

Nos alejamos á todo correr, pero no por eso cejaron en su empeño los condenados franchutes; salieron á la puerta y comenzaron á fusilar á la obscuridad. Entre disparo y disparo oíamos el rumor del arroyito que lamía los pies de los árboles que nos ocultaban.

La luz de la tienda destacaba maravillosamente la si- lueta de los que se entretenían disparando, de modo que podíamos cazarles desde nuestra atalaya.

— Ahora es tiempo, ordenó el jefe. Al grandote; á la una...

— Yo le pego al barrigón, que trae un gorrete y que está delante.

— Yo, al de la izquierda.

— Yo, al de la derecha.

Y con absoluta seguridad hicimos blanco en cinco ó seis más que quedaron, no sabemos si moribundos ó heri- dos. De nosotros sólo *Botas* sacó un ligero rasguño en una pierna.

Cuando llegamos al campamento, todo estaba en silen- cio, y allí, buscando su cama, se echó á dormir tu amante
Miguel.

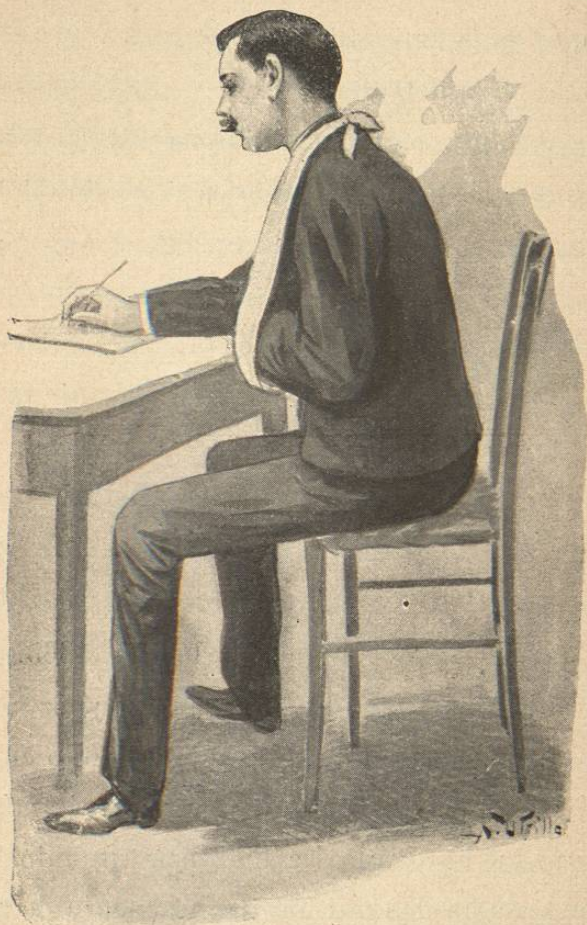
DEL MISMO Á LA MISMA

Copala, 1865.

Mi querida niña Eugenia: empezará por preguntarme, y tendrás razón para ello, qué ando haciendo en Copala y por qué te escribo desde aquí. ¡Ay, Eugenia mía, si su- pieras lo que me ha traído á este importante mineral, que cuenta con más de dos mil habitantes y cosa de cien mi- nas en explotación, y que está situado á las orillas del arroyo de Pánuco, en la falda occidental de la Sierra Madre!

Ante todo, te diré que estoy herido, ó más bien que lo

estuve: la prueba mejor de que me hallo en corriente, es que, habiendo tenido impedida la mano derecha, puedo escribirte sin gran dificultad y sin deformar mucho mi



excelente letra inglesa, que Dios mediante nos ha de proporcionar modo de vivir luego que la guerra concluya. No te oculto que al principio la lesión produjo sus temo-

res, pues la bala entró por el codo, rompió la piel y se alojó al fin en la palma de la mano. Afortunadamente, lo que se pensaba sería horrible fractura, resultó al cabo simple desgarramiento de la piel; el proyectil salió por sí solo y todo quedó arreglado en poco tiempo: unas cuantas hilas, un poco de cerato galeno, mi buena suerte y mi espléndida naturaleza me hicieron triunfar de lo que parecía una complicación sin remedio.

Ahora voy á explicarte el caso, que si no vino en la más alta ocasión que han visto los siglos y esperan ver los venideros, como decía mi tocayo de nombre y de impedimento, Miguel de Cervantes, sí te ha de interesar á ti, que te desvives por tu errante y malaventurado marido.

Has de saber que en días pasados el general me mandó estuviera listo para acompañarle al rancho de los Naranjos, en donde estaba enfermo el general Martínez.

Llegamos con la fresca y nos encontramos al pobre Martínez tendido en cama, pálido, desencajado y con muestras de estar sufriendo mucho.

— Mi general, ¡qué bueno es usted con venir por aquí! sigo mejorcito, aunque he pasado una trinquetada... La fiebre empieza á apartáseme y dos días llevo ya en que no me pega calentura; pero me ha quedado una sonsera...

— Aquí le traigo unas botellas de buen vino para que se recupere, don Angel. ¿Qué es eso de que una fiebrequita tire al suelo á un hombre tan cabal?

— Señor, mi general, por Dios; no necesito botellas ni nada que lo valga; me basta haber visto á mi general para quedar peor que nuevo... Y lo va á ver, hoy me levanto y mañana monto á caballo. Dice bien mi general; esto es chiqueo y hay que echarlo fuera.

— No se apresure mucho y siga en cama; pero dentro de unos días, luego que le dé de alta el médico, se me presenta listo para todo servicio.

— Le digo que mañana, señor.

El cuarto de don Angel estaba situado en el centro de un ranchito mísero y pobre, pero que ostentaba la nota lírica de la verdura más encantadora. Al lado norte de la habitación de don Angel había un corral que se cerraba con trancas y dentro del cual estaban los hermosos caballos árabes que la tropa del general había quitado á la canalla. Entre ellos se hallaba el hermoso alazán llamado *Jirafa*, que Martínez conquistó después de dar muerte á su dueño, el conde de Montholon. Más allá se extendía el monte, lleno de apretada arboleda, y el cielo azul, iluminado por un sol implacable.

— Mi general, dijo el secretario, Romero, acudiendo adonde Corona se encontraba, ¿podríamos bañarnos en el arroyito que corre aquí cerca?

— Sí, hombre, contestó el preguntado; vayan ustedes, que al fin el capitán Olivos puede escribir algo que se me ofrece. Quiero gastar el rato en despachar una poca de correspondencia.

— Entonces, mi general, me bañaré yo y luego substituyo á Olivos.

— Bien, amigo, bien está; vaya usted.

Y se alejaron gozosos los oficiales, empezando nosotros una larga serie de cartas, que se interrumpió por la llegada de don Joaquín Valdés, prefecto de Concordia, que entró á conferenciar con el jefe. Apenas empezaba la plática cuando oímos un grito destemplado, un grito de angustia de *Botas*:

— ¡Los franceses, los franceses... aquí están!

Salimos más que deprisa por el único agujero que tenía el cuarto y en la puerta nos encontramos á una chusma de argelinos y cazadores de Vincennes que entraban al corral disparando sus armas.

Nosotros procuramos salir á toda prisa; Martínez saltó medio desnudo de la cama; Valdés alcanzó á montar en su mula; el general, que salió al último, pronto nos cogió la delantera, pues corría más velozmente que todos.

Los jinetes se precipitaron tras de nosotros; pero en ese instante, al oír los tiros y al ver otros caballos, el *Jirafa* relinchó larga y sonoramente; el grupo reparó en el hermoso animal y se dirigió á cogerle mientras nosotros nos metíamos en la ceja del monte.

Éramos cinco ó seis fugitivos; pero todos marchábamos separados y á pie, yendo en mula solamente Valdés.

— Mi general, dijo éste luego que consiguió alcanzar al jefe, mi general, monte usted en mi mula.